

LIBRO TREINTA Y NUEVE.

Torres-Vedras.

Vicisitudes de la guerra de España hácia fines de 1809.—Retirada de los ingleses despues de la batalla de Talavera y su larga inacción en Extremadura.—Deserción de la Junta central y reunion de las Cortes españolas resuelta para principios de 1810.—Sucesos en Cataluña y Aragon.—Hábiles maniobras del general Saint-Cyr en Cataluña para cubrir el sitio de Gerona.—Larga y heroica defensa de esta plaza por los españoles.—Desgracia del general Saint-Cyr y su reemplazo por el mariscal Augereau.—Conducta del general Suchet en Aragon despues de la toma de Zaragoza.—Combates de Alcañiz, de Maria, de Belchite.—Ocupacion definitiva de Aragon y hábil administracion del general Suchet en esta provincia.—Auge de las guerrillas en toda España y particularmente en el Norte.—En vez de atenerse á esta clase de guerra quieren los españoles volver á las grandes operaciones contra el dictamen de los ingleses, y avanzan sobre Madrid.—Batalla de Ocaña dada el 19 de noviembre y dispersion del último ejército español.—Espanto y desorden en Sevilla.—Proyecto de retirarse á Cadiz la Junta.—Principio del año 1810.—Planes de los franceses para esta campaña.—Empleo de los numerosos refuerzos enviados por Napoleon.—Situacion de José en Madrid.—Su corte.—Su sistema político y militar opuesto al de Napoleon.—José quiere aprovechar la victoria de Ocaña para invadir la Anda-

lucia, con la esperanza de hallar en esta provincia grandes recursos.—A pesar de su determinacion de reunir todas sus fuerzas contra los ingleses, consiente Napoleon en la expedicion á Andalucía, con la idea de encaminar desde allí á Portugal sus tropas.—Marcha de José á Sierra Morena.—Entrada en Bailen, Córdoba, Sevilla, Granada y Málaga.—Por el error de no ir á Cadiz en derechura, logran retirarse allí la Junta y las tropas españolas.—Principio del sitio de Cadiz.—El 1.º cuerpo es destinado á este sitio; el 5.º es enviado á Extremadura; el 4.º á Granada.—Funesta diseminacion de las tropas francesas.—Durante la expedicion á Andalucía, convierte Napoleon las provincias del Ebro en gobiernos militares, con la segunda intencion de incorporarlas al imperio.—Desesperacion de José, quien envia á Paris dos de sus ministros para que reclamen contra la incorporacion proyectada.—Despues de largas dilaciones, comienzan al fin las operaciones de la campaña de 1810.—Mientras el general Suchet asedia las plazas de Aragon, y el mariscal Soult á Cadiz y Badajoz, el mariscal Massena debe tomar á Ciudad Rodrigo y Almeida, y marchar en seguida sobre Lisboa al frente de 80,000 hombres.—Sitio de Lérida.—Habiendo aceptado el mariscal Massena contra su gusto el mando del ejército de Portugal, llega en mayo de 1810 á Salamanca.—Triste situacion en que halla las tropas que deben operar en Portugal.—Mal espíritu de sus lugartenientes.—Debiendo constar el ejército de 80,000 hombres, se reduce todo lo mas á 50,000 en el momento de entrar en campaña.—Esfuerzos del mariscal Massena por suplir todo lo que le falta.—Sitio y toma de Ciudad Rodrigo y Almeida en julio de 1810.—Despues de la conquista de estas dos plazas, se dispone el mariscal Massena á invadir á Portugal por el valle del Mondego.—Dificultades que encuentra para proporcionarse viveres, municiones y medios de transporte.—Pasa la frontera el 15 de setiembre.—Sir Arturo Wellesley nombrado lord Wellington.—Sus miras políticas y militares sobre la Peninsula.—Eleccion de una posicion inexpugnable delante de Lisboa para resistir á todas las fuerzas que Napoleon pudiera enviar á España.—Lord Wellington se prepara á retirarse allí destruyendo todos los recursos del país al tránsito de los franceses.—Retirada del ejército ingles sobre Coimbra.—El mariscal Massena persigue á los ingleses por el valle del Mondego.—Dificultades de su marcha.—Los ingleses hacen alto en la sierra de Alcoba.—Batalla de Busaco, dada el 26 de setiembre.—No habiendo podido los franceses forzar la posicion de Busaco logran salvarla por el flanco.—Retirada precipitada de los ingleses sobre Lisboa.—Perseveracion enérgica por parte de los franceses.—Los ingleses entran en las lineas de Torres-Vedras el 9 y 10 de octubre.—Descripcion de estas lineas famosas.—Despues de practicar el mariscal Massena un reconocimiento exacto desespere de forzarlas.—Se decide á bloquearlas hasta la llegada de nuevos refuerzos.—Entretanto toma una posicion sólida junto al Tajo entre Santarén y Abrantes, y se aplica á construir un tren de puen-

to para maniobrar sobre las dos orillas del río y venir á costa de la rica provincia del Alentejo.—Es enviado el general Foy á Paris con el objeto de enterar á Napoleón de los sucesos de la campaña y de pedirle instrucciones al par que socorros.—Estado del ejército inglés en las líneas de Torres-Yedras.—Altercados de lord Wellington con el gobierno portugués; sus dificultades con el gobierno británico.—Estado de los ánimos en Inglaterra.—Inquietudes concebidas sobre la suerte del ejército inglés; tendencias á la paz, especialmente por efecto del bloqueo continental.—Advenimiento del príncipe de Gales á la regencia.—Disposicion de este príncipe respecto de los partidos que dividen al parlamento.—El mas leve incidente pudo inclinarse la balanza en favor de la oposicion y producir la paz.—Viage del general Foy por la Península.—Su llegada á Paris y su presentacion al emperador.

Tras de la batalla de Talavera y la pérdida del puente del Arzobispo, se replegaron ingleses y españoles precipitadamente del Tajo al Guadiana. Aunque indecisa aquella batalla, como produjo la reunion en torno de Madrid de las tropas francesas, tuvo para ellos el efecto de una derrota, no quedándoles mas recurso que meterse á toda prisa en el Mediodia de la Península, aun á costa de abandonar sus heridos, sus enfermos y hasta su material en parte. A Andalucía se refugiaron los españoles detrás de Sierra Morena; sir Arturo Wellesley fué á tomar posicion á Extremadura en las cercanías de Badajoz. Quejándose allí, como de costumbre, de la débil cooperacion de los españoles, sobre todo de su negligencia en proporcionarle víveres dual si hubieran debido proveer á las necesidades de sus tropas sin saber como alimentar á las suyas; situado por lo demas en un país fértil en cereales y rico en ganado, con retirada segura á Portugal; resuelto á no aventurarse incautamente en lo interior de la Península, despues de

avalar el peligro de que se acababa de librar por milagro; alegaba por motivo de su inaccion los sofocantes calores de aquel año, y aconsejaba á los españoles evitar las batallas campales, tomar una buena posicion en Sierra Morena, defender allí bien la Andalucía, aguardar los efectos del tiempo, siempre funesto para el invasor en un clima como el de España, y aprender en fin á gobernarse, á administrarse y á disciplinar sus tropas.

Estos consejos muy sensatos, bien que mas fáciles de dar que de seguir, y expresados en un lenguaje mal á propósito para que fueran aceptados, no podian aprovechar mucho á los españoles, lanzados por amor al trono á una revolucion casi tan violenta como aquella en que el amor á la libertad precipitó á los franceses veinte años antes; dedicando á cuanto hacian el ardor natural de los pueblos meridionales, y teniendo que vencer la doble dificultad de gobernarse y de defenderse contra una invasion formidable. En semejante situacion pueblos menos apasionados y menos inexpertos que los españoles, se hubieran podido mostrar tan inhábiles como ellos y dificilmente tan firmes. A mayor abundamiento, no aceptando para sí las ofensivas reconconvenciones de sir Arturo Wellesley, trasladábanlas á la Junta central, que habia sucedido á la regencia de Aranjuez, y á la cual era entonces costumbre achacar cuanto acontecia, no bueno y malo, sino malo tan solamente. Si los ingleses estaban disgustados, si tenian más necesidades que las que podian ser satisfechas, si tropas indisciplinadas y acaudilladas por frailes no podian hacer cara á las veteranas huestes de Napoleón, culpa era del mal espíritu ó de

la incapacidad de la Junta central, según el decir de las gentes. Aquella infortunada Junta contaba por elementos de censura, además de todos los partidos que no pensaban como ella, las juntas provinciales, celosas de la autoridad superior como de costumbre. La junta provincial de Sevilla, importunada al ver á la Junta central gobernar en su casa, la junta provincial de Valencia blasfemando de invicta, la junta provincial de Badajoz haciéndose eco de los ingleses retirados á su territorio, prodigábanla ultrages de toda especie y la intimaban de continuo que al punto convocara las Cortes, nuevo remedio del cual se esperaba entonces la curacion de todos los males.

Nada mas sencillo que corresponder á este anhelo, y la Junta central, cansada de representar un papel no menos triste que peligroso, se hubiera apresurado á resignar su autoridad en el seno de las Cortes, si fueran unánimes los pareceres en punto á la oportunidad de la convocatoria. No lo eran ni con mucho: aunque España no comenzara su revolucion como Francia en 1789 por una explosion de liberalismo, sino por una explosion de realismo, muy en breve llegó al mismo punto; y agitó cuantas cuestiones trataron los franceses por aquellos dias en la Asamblea constituyente. Un partido existia de hombres ilustrados, ganosos de que se aprovechase la ausencia del monarca, para efectuar las reformas que exigía el tiempo, y entregarle á su retorno la España restaurada y rejuvenecida; creídos en tener para obrar de este modo, sobre el derecho natural de toda nacion, el adquirido por su adhesión á la dinastía, y que bajo el punto de vista de la defensa de la independen-

cia, consideraban hasta hábil extinguir por sí mismos los abusos, y quitar á Napoleon el único pretexto con que pudo cohonestar su conducta; el de haber invadido la España para regenerarla tan solo. Así pensaba la clase media, bien que participaban del propio dictámen muchos miembros de la nobleza española, y varones instruidos pertenecientes á todas las clases y reunidos por las circunstancias en un solo partido que los sucesos hacian poderoso. Tambien se hallaba esparcida en todas las clases la opinion contraria, y con especialidad entre la parte poco ilustrada de la nobleza, el clero, la magistratura, el ejército, alguna porcion de la clase media y ciertas personas de mérito á quienes la revolucion francesa habia llenado de espanto. Mientras, inclinados los unos á la reforma completa de la monarquía, solicitaban que se reunieran las Cortes, único instrumento para una revolucion social, opuestos á la revolucion los otros, clamaban por que, lejos de empeñarse mas en el régimen de las asambleas, se tornara cuanto antes al de una regencia, por el cual se habia en Aranjuez empezado, y que se compusiera de cinco ó seis personajes de nota escogidos entre los generales, individuos del alto clero y antiguos ministros de la corona. Al frente de este partido figuraban los Palafox, defensores de Zaragoza, el duque del Infantado, el general don Gregorio de la Cuesta, el conde de Montijo, hombre singular que vivia entre el pueblo y se gozaba en inflamar sus pasiones, el marqués de la Romana, caudillo del ejército español en el Norte, y por fin el antiguo ministro conde de Florida-Blanca. Como gefes del otro partido se contaban

el célebre Jovellanos, y muchos varones como el conde de Toreno, don Agustín Argüelles y otros, menos conocidos entonces que lo fueron mas tarde, y que se ensayaban ya para dar á su país un gobierno digno de una nación civilizada.

Una circunstancia imprevista produjo el desenlace de la larga lucha entre estos dos partidos. Se habia descubierto una especie de trama urdida entre personajes ilustres, gefes del partido contrario á toda revolucion, para disolver la Junta central, hacerse señores del mando y gobernar monárquicamente y sin reformas. Queriéndose asegurar del apoyo de los ingleses, insinuaron algo á Enrique Wellesley, embajador de Inglaterra y hermano de Arturo, general en gefe del ejército británico en España. Aun cuando Inglaterra no estaba por la Junta central ni por una general reforma, su embajador tuvo la lealtad de avisarlo á los principales miembros de dicha Junta. De esta suerte se deshizo la trama, y conociendo la Junta central lo imposible de sostenerse mas largo tiempo, quiso que los verdaderos representantes de la nacion vinieran á sustituirla, y decretó que para principios de 1810 fueran convocadas las Cortes, reservándose fijar mas tarde la forma, el lugar y el instante de la convocatoria, segun las circunstancias de la guerra. Convencida al par de lo necesario de una autoridad mas reconcentrada, instituyó una comision ejecutiva de seis miembros, encargándola todas las providencias gubernativas, y siguiendo solo con las legislativas á su cargo. Entre los miembros de esta comision ejecutiva figuraba el marqués de la Romana, personaje inquieto, que prometia siempre mucho y nunca

hizo nada mas que escaparse con su division de Dinamarca. De Castilla la Vieja habia sido trasladado á Andalucia para organizar alli las tropas.

Por esta época se hallaban divididas las fuerzas de los españoles en ejército de la izquierda, que disputaba á los generales Kellermann, Bonnet y al mariscal Ney Castilla la Vieja, el reino de Leon, Asturias y Galicia; en ejército del centro, que guardaba la Estremadura, la Marcha, Andalucia y habia perdido las batallas de Medcllin, Ciudad Real, Almonacid, y creia haber ganado la de Talavera, porque defendieron bien su posicion los ingleses; y en ejército de la derecha, que á las órdenes de los generales Reding y Blake habia tratado de arrancar durante el año de 1809 al general Suchet Aragon y al general Sain-Cyr Cataluña.

Crear un poderoso ejército del centro deseaba la nueva comision ejecutiva, para ir por la Mancha á reconquistar á Madrid contra el rey José, que habiendo reunido en torno suyo los cuerpos de los mariscales Victor, Mortier, Soult, de los generales Sebastiani y Dessoles, podia hacer operar á una no menos de ochenta mil hombres de las primeras tropas del mundo. En vano sir Arturo Wellesley aconsejaba no arriesgar batallas campales mientras no fuera posible oponer á los franceses tropas mejor organizadas, pues los nuevos gefes del gobierno español no hacian caso de sus dictámenes y se agitaban mucho por la organizacion de este nuevo ejército del centro. Para formarlo allegaron las tropas que á las órdenes de don Gregorio de la Cuesta se habian batido en Talavera, las que á las de Venegas habian perdido la batalla de Al-

monacid y constituian entonces los ejércitos de Extremadura y de la Mancha: le agregaron un destacamento de valencianos, y para el material emplearon lo que diariamente recibian de los ingleses. De este modo se lisonjaban de juntar un ejército de cincuenta á sesenta mil hombres, con buena caballeria y la mejor artilleria de España. Al principio se pensó que lo mandara el orgulloso don Gregorio de la Cuesta; pero la Junta le estimaba poco, y algunas insinuaciones de dimitir el cargo, segun su costumbre de amenazar siempre con retirarse, bastaron para que le cogieran la palabra y le dieran por sucesor al general Eguía, cuyo único mérito consistia en no haber perdido las últimas batallas. Pasados los calores se proponia tomar la ofensiva contra las tropas que José habia reunido en rededor de Madrid, y entretanto se estrechaba á los ejércitos de la izquierda y de la derecha á que maniobraran á retaguardia de los franceses, para obligarlos á desguarnecer á Madrid por trasladar sus fuerzas al Norte.

Con efecto, á la sazón ocurrían graves sucesos en Cataluña y Aragon por un lado y en Castilla la Vieja por otro. Todo el año 1809 habia luchado el general Saint-Cyr en Cataluña contra sus naturales y contra las tropas del general Reding, y hasta repelerle hácia Tarragona. Luego fue á Barcelona para introducir allí algun orden, almacenar víveres y extraer los prisioneros hechos en las cuatro batallas que habia ganado á los ejércitos de Cataluña. Habiéndolos conducido hasta la frontera, empezó el sitio de Gerona, señalado algo ligeramete por Napoleon como fácil empresa, que habia de coronar sus gloriosos servicios. Al general Verdier

tocó dirigir los trabajos de ataque, y el general Saint-Cyr se reservó la tarea de protegerlos. No se conocia bastante, aun despues del sitio de Zaragoza, que los sitios eran en España grandes operaciones de guerra, mucho mas difíciles que las batallas, y que apenas lograría el mas hábil gefe, con la mas perfecta unidad de mando, triunfar de las fortalezas españolas. Nos lo debian enseñar sitios inmortales y terribles.

Dejando Saint-Cyr á Verdier todas las fuerzas de que pudo privarse, y no llevando consigo mas que doce mil hombres, sorprendió hábilmente la fértil llanura de Vich, proporcionóse allí para sí y para el general Verdier viveres abundantes, y luego tomó posicion á propósito para detener á las fuerzas que no podian menos de acudir en socorro de Gerona.

Llegada al fin la artilleria de grueso calibre, esperada por largo tiempo, Verdier comenzó los trabajos de aproche. Gerona, situada á orillas del Ter, á la falda de alturas fortificadas, ceñida de obras regulares, llena de una poblacion fanática, en que hasta las mugeres hacian papel activo con el nombre de compañia de Santa Bárbara, defendida por una guarnicion de siete mil hombres, y por su heróico gefe don Mariano Alvarez de Castro, habia prometido inmortalizarse por su resistencia, y se va á ver hasta qué punto cumplió su palabra. Además el largo espacio de tiempo invertido en preparar el ataque, de resultas de la dificultad de los trasportes, le habia permitido proveer completamente á la defensa.

Habiendo decidido el general Sanson, hábil oficial encargado de dirigir los trabajos del arma

de ingenieros, que habia de empezar por la conquista de las alturas, abrióse trinchera delante del fuerte de Monjuich, donde tras largos trabajos preparatorios se consiguió abrir brecha. Por desgracia, no estando dirigido el sitio con la precisión debida, se dejaron correr muchos dias desde que el asalto fué posible hasta que fué dado, de suerte que el enemigo pudo aprestarse á una resistencia briosá. Detenidas nuestras tropas por el denuedo de los sitiados, y especialmente por los obstáculos acumulados detrás de la brecha, fueron repelidas, y esto produjo en la poblacion una exaltacion extraordinaria.

Tras prueba semejante pareció mal escogido contra el fuerte de Monjuich el punto de ataque, y se emprendieron contra otro bastion los trabajos de aproche. Ya se alcanza cuanto habian de costar de tiempo, de sangre y de esfuerzos infructuosos tales variaciones en la direccion del sitio. Ante lo que pasaba, no se debia enardecer el celo de nuestros soldados, ni de entibiarse el fanatismo de los habitantes. Por último, practicable otra vez la brecha, y conociendo ahora los españoles que no podian disputarnos el fuerte de Monjuich, lo evacuaron durante la noche, y así vino á ser conquista nuestra, después de costarnos un número igual de dias al de los mayores asedios.

Fatigados del tiempo invertido en las operaciones militares emprendieron nuestros soldados el ataque de la plaza, bajando á las orillas del Ter y yendo á establecerse bajo el fuego de alto á bajo de las cumbres que aun quedaban en poder del enemigo. Contra el recinto de la ciudad se emprendió nuevo cerco, y cuando estuvo accesible la

brecha, se resolvió dar el asalto. Don Mariano Alvarez de Castro, al frente de la guarnicion y teniendo detrás todos los habitantes, hombres y mugeres, habia jurado morir antes que rendirse y oponer contra los franceses montones de cadáveres á falta de murallas, derruidas por los cañones. Dióse efectivamente el asalto con el mayor arrojo, y despues de rechazado, se renovó con mayor encarnizamiento bajo el fuego de la plaza y de las alturas, al ruido de las campanas y de los gritos de una poblacion fanática. Muchas veces nuestros bizarros soldados llegaron á trepar á lo alto de la muralla, y siempre encontraron allí una multitud de hombres furiosos, agolpándose ante ellos y presentando masas impenetrables. Mugeres, niños, sacerdotes, aparecian entre los soldados sobre aquella brecha inundada de sangre, cubierta de fuego, y hubo que ceder al noble delirio del patriotismo español; segundo asalto frustrado durante este sitio. Nada semejante nos habia sucedido desde San Juan de Acre, y no nos debia volver á suceder ni en los sitios de España. Hubimos de renunciar á los ataques á viva fuerza y de recurrir al bloqueo, que á la verdad parecia bastante, porque la peste y el hambre devoraban á la heroica poblacion de Girona y arrebataban á sus últimos defensores. Ya estaba acometido de una enfermedad mortal aun el mismo caudillo.

Desde entonces el impedir que la plaza se avituallara de nuevo constituia la sola condicion del triunfo, y al general Saint-Cyr correspondia este cuidado. Este general acababa de incurrir en desgracia, fácil de prever, manifestando con muy po-

co miramiento, la irreflexion de las órdenes enviadas de París. Reemplazóle uno de los antiguos compañeros de armas de Napoleon, el mariscal Augereau, sin empleo desde Eylau, y deseoso de volver al servicio. Mas despues de ansiar el mariscal este nombramiento, no se dió gran prisa á cumplir sus deberes, y fué preciso que Saint-Cyr continuara en la mas difícil coyuntura al frente de un ejército que habia dejado de pertenecerle y que solo estuvo á sus órdenes unos pocos dias.

Noticioso por entonces el general Blake de que Gerona estaba amenazada de rendirse por hambre, reunió las reliquias de los ejércitos de Cataluña y Aragon, y se adelantó con un convoy de mil acémilas para abastecer á la plaza. Rápidamente situóse el general Saint-Cyr en el camino de Barcelona para hacer frente á los catalanes en la parte mas accesible y amenazada de la linea de bloqueo. Vendier tuvo á cargo defender las orillas del Ter y las avenidas próximas al recinto. Tres dias cabales permanecieron unos frente á otros envueltos en espesa niebla, por entre la cual se oia la voz de los hombres sin distinguirlos. Pero mientras Saint-Cyr detenia á aquel enemigo invisible, la division Lecchi del cuerpo del sitio, fué sorprendida, y el general español pudo hacer entrar en Gerona, ademas del convoy de viveres, un refuerzo de cuatro mil hombres, socorro mas peligroso que útil, como que los sitiados no carecian de brazos, sino de subsistencias.

Viendo el infeliz Alvarez de Castro que con esta operacion no se aumentaban sus recursos, hizo llegar al general Blake un aviso secreto para que le enviara nuevos socorros; y éste se esforzó

una vez mas para introducir otro convoy en la plaza á costa de cualquier peligro, pues Cataluña clamaba porque se salvara Gerona á todo trance. Efectivamente, por caminos tortuosos y difíciles consiguió aproximarse con gran copia de provisiones; mas ahora el general Saint-Cyr, no fiándose mas que de si mismo, adoptó las mejores disposiciones y ocultó sus fuerzas de modo que pudiera llegar el convoy y las tropas que lo custodiaban hasta las puertas de Gerona. De súbito sus columnas hábilmente escondidas, atajaron el frente, acometieron de flanco y por la espalda el convoy y la escolta; se apoderaron de muchos miles de acémilas ricamente cargadas e hicieron tambien muchos miles de prisioneros. Desde lo alto de los muros vieron los pobres sitiados pasar al campamento de los sitiadores los viveres de que sentian necesidad urgente, y pronto, diezmados por las calenturas, la peste, el hambre, privados de su caudillo, que estaba casi agonizando, se vieron obligados á capitular el 41 de diciembre al cao de seis meses de asedio, dejando un recuerdo inmortal en la historia. A poco de rechazar el cuerpo de Blake partió el general Saint-Cyr, y así no tuvo la honra de recibir la rendición de Gerona; bien que le cupiera el mérito de ella. Hasta fué arrestado por haber partido demasiado pronto, y el mariscal Augereau, llegado solo á tiempo de abrirse las puertas de la plaza, obtuvo de Napoleon las mayores felicitaciones. Así el gobierno imperial procedia ya como los gobiernos debilitados y ciegos, que prefieren los favoritos que les adulan á los buenos servidores que les importunan con la independendia de sus consejos.

Tales habian sido los sucesos de Cataluña hasta fines de 1809. En todo el año de 1810 no debia intentar nada importante esta gran provincia, desconsolada, mas no sometida de resultas de la rendicion de Gerona. Tambien en Aragon habian tenido cierta gravedad los sucesos. Despues de la toma de Zaragoza, el quinto cuerpo, á las órdenes del mariscal Mortier, se habia dirigido hácia el Tajo, quedando en Aragon el tercero, agotado de fuerzas por aquel asedio terrible. Afortunadamente á su cabeza acababa de ser colocado un gefe tan prudente, hábil y firme como el general Suchet, sobresaliente por igual en la direccion de las operaciones militares y en la administracion de los ejércitos; doble mérito harto raro entre los lugartenientes de Napoleon, acostumbrados mas á obedecer que á mandar, y que sabia á la vez captarse el amor del soldado y la estimacion de los pueblos, sin embargo de los padecimientos inevitables de una guerra horrorosa. Su cuerpo se componia de los tres antiguos regimientos de infantería, el 4.º y el 44.º de línea y el 5.º de ligeros, de cuatro nuevos, el 114.º, 115.º, 116.º, 117.º de línea, de tres regimientos de infantería polaca, del 45.º de coraceros (solo cuerpo de este arma que se hallaba en España); de alguna caballería ligera, y por último de una artillería excelente. Apoderóse del ánimo de estas tropas y se esforzó por imbuir en su corazón el sentimiento del deber, asi como la resignacion á una guerra que el sitio de Zaragoza les habia hecho odiosa. Tras de proporcionarles algun reposo llevólas via recta contra el enemigo. Como ya se ha dicho, el general Blake mandaba todos los ejércitos de la derecha (segun la deno-

minacion española); viendo partir al quinto cuerpo, quiso aprovechar la coyuntura para lanzarse sobre Aragon y reconquistar á Zaragoza; mas para evitarlo Suchet no aguardó su ataque, sino que fué á Alcañiz en su busca. Pronto observó, no obstante, que la fatiga, el disgusto y una organizacion incompleta habian producido en sus tropas mas malos efectos que supuso al principio, y se vió obligado á retroceder despues de una conducta bastante blanda por su parte. Dicha fué suya que, no aprovechándose Blake de esta primer ventaja, le dejara tiempo de reconcentrar sus fuerzas en Zaragoza, de completar allí sus regimientos con algunos nuevos soldados sacados de Navarra, de organizarlos, de equiparlos con los recursos del pais, de aliviarlos de sus padecimientos, de reanimarlos, de restituirles, en fin, la firmeza y el ardimiento para el combate. Cuando Suchet los vió como alentados de espíritu nuevo aguardó al ejército de Blake en María, á donde llegaba reforzado y lleno de confianza, aceptó la batalla en una posicion defensiva muy bien elegida, y pasando de la defensa al ataque, luego que se resfrió el primer ardor de los españoles, arrollólos por espantosos barrancos y causóles una pérdida considerable. Seguro ya de sus tropas fué detrás del ejército español á Belchite, le halló de nuevo formado en batalla y dispuesto á la resistencia, asaltóle briosamente y le quitó la artillería y muchos miles de prisioneros.

Desde este dia el general Blake hubo de renunciar á disputar los campos aragoneses al general Suchet, quien ya no tuvo que habérselas mas que con las guerrillas y plazas fuertes. A él

y al mariscal Augereau tocaba apoderarse de Lérida, Mequinenza, Tortosa, Tarragona, antes de que pensaran penetrar en el reino de Valencia. Pero el sitio de Gerona puede dar idea de lo que debian ser los asedios en aquellas comarcas.

Dueño el general Suchet de Zaragoza y de las fértiles campiñas de Aragón, aplicóse al punto á calmar el pais, á hacer que allí renaciera algo de orden, á ahuyentar las guerrillas, á sacar los recursos necesarios para sus tropas con el menor daño posible de los naturales, y á preparar finalmente el inmenso material de sitio que era indispensable para la conquista de las plazas. Sabiendo por larga experiencia que en un pais rico, aunque muy pesada sin duda, no es ruinosa la carga de un ejército conquistador, siempre que para adquirir lo preciso, se emplee, en vez de la mano devastadora del soldado, la mano discreta de una administración inteligente y proba, convocó á los antiguos miembros del gobierno de la provincia y entre ellos al arzobispo de Zaragoza, y les expuso las necesidades de su ejército, el deseo que tenia de tratar bien á los naturales, en proporcionando bastimentos, y su voluntad firme de labrar hasta donde pudiera su ventura, si cooperaban á sus benéficas intenciones. Ellos en su lenguaje persuasivo, en su semblante dulce é inteligente, reconocieron al varon hábil y honrado que, encargado de someterlos, no queria oprimirlos, y resolvieron ayudarle con todas sus fuerzas. Zaragoza, con su heroica resistencia, creia haber pagado su deuda á la independenciam de España, y la habia pagado en efecto. Ademas todos los caracteres apasionados é implacables habian perecido ó se ha-

llaban dispersos, y el resto de la poblacion clamaba por un reposo á tan caro precio comprado. Oportunamente vino esta disposicion de los ánimos en ayuda de los designios del general Suchet, y al cabo de muy pocos meses semejó como que Zaragoza renacia de sus cenizas. El general restableció los antiguos impuestos, los antiguos recaudadores, las antiguas autoridades; con acuerdo de los miembros de la administración provincial ordenó que todas las rentas ingresaran en las cajas de la provincia; cedió para las necesidades del pais gran parte de ellas, y para las necesidades de su ejército aplicó lo restante, empuñando la promesa, que cumplió escrupulosamente, de respetar las personas y las propiedades. Aun no permitiendo que sus tropas carecieran de nada, tuvo arte para hacer con oportunidad ciertos gastos adecuados á lisonjear el ánimo de los naturales. En lugar de vender la plata del templo de Nuestra Señora del Pilar, objeto de la veneracion general, restituyóla toda; dedicó algunos fondos al restablecimiento del canal de Aragón, lateral al Ebro, asi como á la reparacion de los edificios mas deteriorados por la guerra, y entretanto hacia juntar y componer la artilleria de grueso calibre que trajo y la que halló en España, preparandó asi todos los medios de sitiar las importantes plazas de Lérida y de Mequinenza, cuya toma era necesaria antes de que el ejército de Cataluña pudiera ni aun aproximarse á Tortosa y á Tarragona. A la pacificacion completa de Aragón no habia mas obstáculo que las guerrillas. Mientras la Junta central de España, cuya triste historia se ha visto, se esforzaba desde Sevilla, donde residia, por

organizar ejércitos regulares siempre reunidos, se formaban espontáneamente tropas irregulares, por nadie creadas, en cuya direccion y subsistencia no pensaba nadie, que brotando por decirlo así del mismo suelo, guiadas por el instinto, maniobrando segun las circunstancias del momento, no carecian de nada porque se sustentaban por sí mismas y con sus propias manos, reducian á los franceses al extremo de carecer de todo, asomaban improvisamente allí donde se las esperaba menos, se dispersaban si el enemigo tenia mucha fuerza, volvian á aparecer si se mostraba diseminado en destacamentos ó custodia de convoyes, renunciaban á vencerle en masa, pero le destruian hombre á hombre; y como la humanidad no era la calidad de la nacion española, ni el deber de un pueblo pérfidamente invadido, no escrupulizaban degollar al último de los heridos, á los enfermos y á sus escoltas. A la larga tal sistema de hostilidades, infatigablemente seguido, hubiera acabado con los ejércitos mas numerosos y valientes, como que no siempre están reunidos en masas, ni lo están sino raras veces, y una parte notable de su efectivo se halla de continuo en su linea de operaciones empleada en buscar víveres, en llevar municiones, en custodiar enfermos, heridos, reclutas. Un ejército á quien se destruyen los destacamentos es como un árbol á que se cortan las raíces y destinado, despues de languidecer algun tiempo, á secarse y morir muy pronto.

Hasta lo infinito se multiplicaron las guerrillas, que ya nos habian molestado mucho, desde la destruccion de los ejércitos regulares de España, y se veia próximo el momento en que no que-

dara allí mas que un ejército organizado, el de los ingleses y miles de partidas, que seria imposible contar y hasta designar por sus nombres; sin que se pudiera afirmar si contribuian mas á la defensa de la península el ejército inglés, que daba batallas, ó estos miles de corredores que, sin darlas, nos arrebataban los frutos de la victoria y nos hacian desastrosas las resultas de los descalabros.

Ya un oficial que despues de la dispersion de los ejércitos habia quedado sin destino, ya un fraile bullicioso, ya un cura resuelto á defender su lugar, ya un labrador perturbado en el cultivo de sus tierras, ya un estudiante que abandonaba de buen grado las aulas, ó un pastor que dejaba de apacentar su rebaño para abrazar una vida nueva, ya un contrabandista, privado de su trato, unos impulsados por el patriotismo, otros por la religion, por el espíritu de aventuras ó por la codicia, allegaban aquí y allí algunos hombres, sobre todo algunos dispersos de los ejércitos batidos, algunos prisioneros escapados de manos de los franceses; cobraban brios si obtenian algun triunfo, ó iban á juntarse con otros que habian adquirido renombre; hacian mansion en ciertas provincias; allí dominaban á los habitantes por la comunidad de sentimientos ó por el terror; alcanzaban de ellos noticias seguras, víveres, asilos; estorbábanles someterse; castigaban terriblemente al que pasaba por amigo de los franceses: si eran perseguidos ó tenian alguna operacion que combinar, se trasladaban de una provincia á otra, y así atormentaban á sus vencedores, no les consentian el menor reposo, y los reducian á tanta desventura, turbacion y desnudez como si figuraran ven-